



ARCHIVO DE PROYECTO

Detalles del proyecto

2022



Marine Software

Conectamos y brindamos servicios a millones de personas en todo el mundo y permitimos que nuestras comunidades aprendan, establezcan redes y comercien a través de nuestros imperdibles proveedores de servicios, experiencia en línea y tecnología innovadora.

TENGA EN CUENTA:

Recibirás y enviarás trabajos por correo.
Nos enviará únicamente una copia electrónica de los archivos de salida.



Un pequeño viaje por el mundo

Por Charles Dudley Warner A

Pequeño Viaje en el Mundo I

Hablábamos de la falta de diversidad en la vida americana, de la falta de personajes destacados. No fue en un club. Era una charla espontánea de personas que casualmente estaban juntas, y que habían caído en la costumbre no obligada de estar juntas. Podría haber habido un club para el estudio de la falta de diversidad en la vida estadounidense. Los miembros habrían estado obligados a apartar un tiempo determinado para ello, a asistir como un deber, y a estar de humor para discutir este tema a una hora determinada en el tiempo.

el futuro. Habrían hipotecado otra preciosa porción del poco tiempo que nos quedaba para la vida individual. Es un pensamiento sugestivo que a una hora dada en todos los Estados Unidos innumerables clubes podrían estar

considerando la Falta de Diversidad en la Vida Americana. Sólo de esta manera, de acuerdo con nuestros métodos actuales, se podría esperar lograr algo con respecto a esta necesidad sentida por los extranjeros. Parece ilógico que podamos producir diversidad haciendo todos lo mismo al mismo tiempo, pero sabemos el valor del esfuerzo colectivo. A los observadores superficiales les parece que todos los estadounidenses nacen ocupados. No es así. Nacen con el miedo de no estar ocupados; Y si son inteligentes y se encuentran en circunstancias de ocio, tienen tal sentido de su responsabilidad que se apresuran a asignar todo su tiempo en porciones, y no dejan ninguna hora sin proveer. Esto es escrupulosidad en las mujeres, y no inquietud. Hay un día para la música, un día para la pintura, un día para la exhibición de vestidos de té, un día para Dante, un día para el drama griego, un día para la Sociedad de Ayuda a los Animales Mudos, un día para la Sociedad para la Propagación de los Indios, y así sucesivamente. Cuando termina el año, apenas se puede estimar lo que se ha logrado con esta actividad incesante. Individualmente puede que no sea mucho. Pero consideremos dónde estaría Chaucer si no fuera por el trabajo de los clubes de Chaucer, y qué efecto produce sobre el progreso universal de las cosas la concentración asociada en el poeta de tantas mentes. Un cínico dice que los clubes y círculos son para acumular información superficial y descargarla sobre otros, sin mucha absorción individual en nadie. Esto, como todo cinismo, contiene sólo una verdad a medias, y significa simplemente que la difusión general de información a medias no eleva el nivel general de la inteligencia, que sólo puede elevarse a cualquier propósito mediante el autocultivo completo, la asimilación, la

digestión, la meditación. La abeja ocupada es uno de nuestros símiles favoritos, y tendemos a pasar por alto el hecho de que la parte menos importante de su ejemplo es el zumbido. Si la colmena simplemente se juntara y zumbara, o incluso trajera melaza sin refinar de alguna ciclopedia, digamos, de melaza, no habría miel agregada al almacén general. A alguien, en esta charla, se le ocurrió, por fin, negar que existiera esta monotonía fastidiosa en la vida americana. Y esto le puso una nueva cara a la discusión. ¿Por qué habría de haberla, con todas las razas bajo los cielos representadas aquí, y cada una luchando por afirmarse, sin que todavía se haya establecido una homogeneidad ni siquiera entre los pueblos de los Estados más antiguos? La teoría es que la democracia nivela, y que la búsqueda ansiosa de un objeto común, el dinero, tiende a la uniformidad, y que la facilidad de comunicación se extiende por todo el país de la misma manera en el vestir; y repite en todas partes el mismo estilo de casa, y que las escuelas públicas dan a todos los niños de los Estados Unidos la misma inteligencia superficial. Y hay una noción más seria de que en una sociedad sin clases hay una especie de tiranía de la opinión pública que aplasta el juego de las peculiaridades individuales, sin las cuales las relaciones humanas carecen de interés. Es cierto que una democracia es intolerante a las variaciones del nivel general, y que una nueva sociedad permite menos libertad en las excentricidades a sus miembros que una sociedad antigua. Pero con todas estas concesiones, también se admite que la dificultad que tiene el novelista norteamericano es dar con lo que es universalmente aceptado como característico de la vida americana, tan variados son los tipos en regiones muy separadas entre sí, tales puntos de vista diferentes se tienen

incluso en convencionalidades, y la conciencia opera de manera tan diversa sobre los problemas morales de una comunidad y de otra. Es tan imposible que una sección imponga a otra sus reglas de gusto y propiedad en la conducta, y el gusto es a menudo tan fuerte para determinar la conducta como principio como lo es para hacer que su literatura sea aceptable para la otra. Si en el país del sol, del jazmín, del caimán y del higo, la literatura de Nueva Inglaterra parece desapasionada y tímida frente a las emociones dominantes de la vida, ¿no deberíamos dar gracias al cielo por la diversidad de temperamentos y de clima que, a la larga, nos salvará de esa monotonía en la que se supone que estamos a la deriva? Cuando pienso en este vasto país con alguna atención a los desarrollos locales, me impresionan más las similitudes que las semejanzas. Y además de esto, si uno tuviera la capacidad de atraer a la vida a un solo individuo en la comunidad más homogénea, el producto sería suficientemente sorprendente. No podemos lisonjearnos, por lo tanto, de que bajo leyes y oportunidades iguales hayamos borrado las prominencias de la naturaleza humana. A la distancia, la masa del pueblo ruso parece tan monótona como sus estepas y sus aldeas comunales, pero los novelistas rusos encuentran personajes en esta masa perfectamente individualizados y, de hecho, nos dan la impresión de que todos los rusos son polígonos irregulares. Tal vez si nuestros novelistas miraran a los individuos con la misma atención, podrían dar al mundo la impresión de que la vida social aquí es tan desagradable como parece ser en las novelas en Rusia. Esto es en parte la sustancia de lo que se dijo una tarde de invierno antes del incendio de leña en la biblioteca de una casa en Brandon, una de las ciudades menores de Nueva Inglaterra. Al

igual que centenares de residencias de su tipo, se alzaba en los suburbios, entre los árboles del bosque, dominando la vista de las torres y torres de la ciudad, por un lado, y por el otro de un país quebrado de árboles y cabañas agrupadas, que se elevaban hacia una cadena de colinas que se mostraban púrpuras y cálidas contra el pálido color pajizo de los atardeceres invernales. El encanto de la situación era que la casa era una de las muchas viviendas cómodas, cada una aislada y, sin embargo, lo suficientemente cerca como para formar un vecindario; es decir, un cuerpo de vecinos que respetaban la intimidad de los demás y, sin embargo, fluían juntos, en ocasiones, sin la menor convencionalidad. Y un barrio real, tal y como está organizada nuestra vida moderna, es cada vez más raro. No estoy seguro de que los hablantes en esta conversación expresaran sus sentimientos reales y finales, o que deban ser considerados responsables de lo que dijeron. Nada mata con tanta seguridad la libertad de conversación como el hecho de que una persona práctica te lleve instantáneamente a un libro por algún comentario impulsivo que se haga en el acto, en lugar de jugar con él y lanzarlo de una manera que exponga su absurdo o muestre su valor. La libertad se pierde con demasiada responsabilidad y seriedad, y es más probable que la verdad sea tachada en un vivo juego de afirmaciones y réplicas que cuando se sopesan todas las palabras y sentimientos. Es muy probable que una persona no pueda decir lo que piensa hasta que sus pensamientos estén expuestos al aire, y son las falacias brillantes y las aventuras impulsivas y precipitadas en la conversación las que a menudo son más fructíferas para el hablante y los oyentes. La charla siempre es mansa si nadie se atreve a nada. He visto cómo la paradoja más prometedora se

desmorona con un simple "¿Lo crees así?" A veces pienso que nadie debería ser considerado responsable de nada de lo que se dice en una conversación privada, cuya vivacidad está en un juego tentativo sobre el tema. Y esta es una razón suficiente por la que uno debería repudiar cualquier conversación privada reportada en los periódicos. Ya es bastante malo estar aferrado para siempre a lo que uno escribe e imprime, pero encadenar a un hombre con todas sus declaraciones relampagueantes, que pueden ser puestas en su boca por algún diablillo en el aire, es una esclavitud intolerable. Más vale que un hombre guarde silencio si sólo puede decir hoy lo que va a defender mañana, o si no puede lanzar a la charla general el capricho y la fantasía del momento. La charla obscena y entretenida es solo un pensamiento expuesto, y nadie haría responsable a un hombre de los pensamientos que se contradicen y desplazan entre sí en su mente. Probablemente nadie llega a tomar una decisión hasta que actúa o saca su conclusión más allá de su memoria. ¿Por qué debería uno ser privado del privilegio de lanzar sus ideas crudas en una conversación en la que pueden tener la oportunidad de ser precipitadas? Recuerdo que Morgan dijo en esta charla que había demasiada diversidad. "Casi todas las iglesias tienen problemas con las diferentes condiciones sociales". Un inglés que estaba presente aguzó el oído al oír esto, como si esperara obtener una nota sobre el carácter de los disidentes. "¿Pensaba que todas las iglesias de aquí estaban organizadas por afinidades sociales?", preguntó. —Oh, no; Es en gran medida una cuestión de vecindad. Cuando hay una ampliación de un terreno inmueble, una parte necesaria del plan es construir una iglesia en el centro de la misma, con el fin de ... —Declaro, Page —dijo la señora Morgan—, que le dará al

señor Lyon una idea totalmente errónea. Por supuesto, debe haber una iglesia conveniente para los fieles en cada distrito".

"Eso es exactamente lo que estaba diciendo, querida mía: como el acuerdo no se establece por motivos religiosos, sino tal vez por motivos puramente mundanos, los elementos que se reúnen en la iglesia son propensos a ser socialmente incongruentes, como no siempre pueden fusionarse ni siquiera entre la cocina de una iglesia y un salón de iglesia". —Entonces, ¿no es la peculiaridad de la iglesia lo que ha atraído a los fieles que naturalmente se reunirían, sino que la iglesia es una necesidad del vecindario? —preguntó aún más el señor Lyon.

"Todo es", me aventuré a decir, "que esas iglesias crecen como escuelas, donde se las necesita". —Le ruego que me perdone —dijo el señor Morgan—; "Estoy hablando del tipo de deseo que los crea. Si es el mismo que construye un salón de música, o un gimnasio, o una sala de espera de ferrocarriles, no tengo nada más que decir. —¿Es su idea americana, entonces, que una iglesia debe estar formada sólo por personas socialmente agradables entre sí? —preguntó el inglés. "No tengo ni idea de Estados Unidos. Sólo estoy comentando hechos; Pero una de ellas es que es la cosa más difícil del mundo reconciliar la asociación religiosa con las exigencias reales o artificiales de la vida social". —No creo que te esfuerces mucho —dijo la señora Morgan, que continuaba con su tradicional observancia religiosa con agradecida admiración por su marido—. El señor Page Morgan había heredado el dinero y una cierta posición ventajosa para observar la vida y criticarla, a veces con humor y sin ninguna intención seria de perturbarla. Había aumentado su buena fortuna casándose con la delicada hija de un hilador de algodón, y bastante tenía que hacer asistiendo a las reuniones

de directores y cuidando de sus inversiones para mantenerse al margen de la aplicación de la ley del Estado relativa a los vagabundos, y dar mayor peso social a sus opiniones que si se hubiera visto obligado a trabajar para su manutención. Los pajes Morgan habían pasado mucho tiempo en el extranjero, y no eran peores americanos por haber entrado en contacto con el conocimiento de que hay otros pueblos que son razonablemente prósperos y felices sin ninguna de nuestras ventajas. —A mí me parece —dijo el señor Lyon, que siempre estaba en la actitud conversacional de querer saber— que a ustedes, los americanos, les inquieta la idea de que la religión debe producir igualdad social. El señor Lyon tenía el aire de dar la impresión de que esta cuestión estaba resuelta en Inglaterra, y que América era interesante debido a numerosos experimentos de este tipo. Este estado de ánimo no era ofensivo para sus interlocutores, porque estaban acostumbrados a él en los visitantes transatlánticos. De hecho, no había nada ofensivo, y poco defensivo, en el señor John Lyon. Lo que nos gustó de él, creo, fue su simple aceptación de una posición que no requería ni explicación ni disculpa, una condición social que desterraba un sentido de su propia personalidad, y lo dejaba perfectamente libre para ser absolutamente sincero. Aunque era el hijo mayor y el siguiente en la sucesión de un condado, todavía era joven. Recién llegado de Oxford, Sudáfrica, Australia y Columbia Británica, había venido a estudiar los Estados Unidos con el fin de perfeccionarse para sus deberes como legislador del mundo cuando fuera llamado a la Cámara de los Pares. No se trataba a sí mismo como a un conde, por muy consciente que pudiera haber tenido de que su futuro rango le permitía coquetear con

las diversas formas de igualdad en el extranjero en esta generación. —No sé lo que se espera que produzca el cristianismo —replicó el señor Morgan, en tono meditativo—; "pero tengo la idea de que los primeros cristianos en sus asambleas se conocían entre sí, habiéndose encontrado en otras partes en relaciones sociales, o, si no se conocían, perdieron de vista las distinciones en un interés primordial. Pero supongo que no eran exactamente civilizados. —¿Eran los peregrinos y los puritanos? —preguntó la señora Fletcher, que ahora se unía a la charla, en la que había sido una oyente muy animada y estimulante, con sus profundos ojos grises bailando de placer intelectual. "No me gustaría responder 'no' a un descendiente del Mayflower. Sí, eran muy civilizados. Y si nos hubiéramos adherido a sus métodos, habríamos evitado una buena cantidad de confusión. La casa de reuniones, como recordarán, tenía un comité para sentar a las personas de acuerdo con su calidad. Eran muy astutos, pero no se les había ocurrido dar los mejores bancos a los modelos capaces de pagar más dinero por ellos. Escaparon a la perplejidad de reconciliar las ideas mercantiles y religiosas". —De todos modos —dijo la señora Fletcher—, en la misma casa de reuniones hay toda clase de personas. —Sí, y les hizo sentir que eran de todo tipo; Pero en aquellos días no les perturbaba mucho ese sentimiento". —¿Quiere usted decir —preguntó el señor Lyon— que en este país hay iglesias para los ricos y otras iglesias para los pobres? "En absoluto. Tenemos en las ciudades iglesias ricas e iglesias pobres, con precios de bancos según los medios de cada clase, y los ricos siempre se alegran de que vengan los pobres, y si no les dan los mejores asientos, lo igualan haciendo una colecta para ellos". —Señor Lyon —interrumpió la señora

Morgan—, está recibiendo usted una parodia de todo el asunto. No creo que haya en ninguna otra parte del mundo un espíritu de caridad cristiana como en nuestras iglesias de todas las sectas". "No hay duda sobre la caridad; Pero eso no parece hacer que la maquinaria social funcione mejor en las asociaciones eclesiásticas. No estoy seguro, pero tendremos que volver a la vieja idea de considerar a las iglesias como lugares de culto, y no como oportunidades para las sociedades de costura y el cultivo de la igualdad social". "Encontré la idea en Roma", dijo el Sr. Lyon, "de que los Estados Unidos son ahora el campo más prometedor para la difusión y permanencia de la fe católica romana". —¿Cómo es eso? —preguntó el señor Fletcher, con una sonrisa de incredulidad puritana. "Un alto funcionario de la Propaganda dio como razón que los Estados Unidos son el país más democrático y la católica romana es la religión más democrática, teniendo esta noción de que todos los hombres, altos o bajos, son igualmente pecadores e igualmente necesitados de una sola cosa. Y debo decir que en este país no encuentro que la cuestión de la igualdad social interfiera mucho con la obra de sus iglesias". "Eso se debe a que no están tratando de hacer de este mundo un lugar mejor, sino sólo de prepararse para otro", dijo la señora Fletcher. "Ahora bien, pensamos que cuanto más nos acerquemos a la idea del reino de los cielos en la tierra, mejor estaremos en el más allá. ¿Es una idea moderna?" "Es una idea que nos está dando muchos problemas. Hemos llegado a un estado tan sofisticado que parece más fácil ocuparse del futuro que del presente". —Y no es una doctrina muy mala que si te ocupas del presente, el futuro se cuidará a sí mismo —replicó la señora Fletcher—. —Sí, lo sé —insistió el señor Morgan—; "Es la noción moderna de

acumulación y compensación, cuida de los centavos y las libras se cuidarán a sí mismas, el evangelio de Benjamín Franklin". — Ah —dije, mirando hacia la entrada de un recién llegado—, estás justo a tiempo, Margaret, para dar el golpe de gracia, porque es evidente por la referencia del señor Morgan, en su posición de Bunker Hill, a Franklin, que se está quedando sin pólvora. La muchacha permaneció un momento en pie, con su delgada figura enmarcada en el umbral de la puerta, mientras la concurrencia se levantaba para saludarla, con una mirada medio vacilante, medio inquisitiva en su rostro brillante, que yo había visto en él mil veces. Il Recuerdo que en ese momento me sorprendió una especie de sorpresa que nunca habíamos pensado ni hablado mucho de Margaret Debree como hermosa. Estábamos tan acostumbrados a ella; La conocíamos desde hacía tanto tiempo; La conocíamos de toda la vida. Nunca habíamos analizado nuestra admiración por ella. Tenía tantas cualidades que son mejores que la belleza que no le habíamos acreditado la atracción más obvia. Y tal vez se había vuelto visiblemente hermosa. Puede ser que haya un instante en la vida de una muchacha que corresponda a lo que los puritanos llamaban conversión en el alma, cuando las cualidades físicas, de larga maduración, brillan de repente en un efecto que llamamos belleza. No puede ser que las mujeres no tengan conciencia de ello, tal vez del instante de su advenimiento. Recuerdo que cuando era niño solía pensar que una barra de caramelo de menta debía arder con la conciencia de su propia delicia. Margaret acababa de cumplir veinte años. Cuando se detuvo en el umbral de la puerta, su perfección física brilló en mí por primera vez. Por supuesto, no me refiero a la perfección, porque la perfección no tiene ninguna promesa, sino más bien

la triste nota del límite y, en la actualidad, la recesión. En las líneas redondeadas y exquisitas de su figura se respiraba la promesa de esa plenitud y delicadeza inefables de la feminidad de la que todo el mundo habla maravillas, destruye y llora. No siempre se cumple de la manera más bella, y tal vez nunca excepto para la mujer que ama apasionadamente, y cree ser amada con una devoción que exalta su cuerpo y su alma por encima de todo ser humano. Lo cierto es que la belleza de Margarita no era clásica. Sus facciones eran irregulares hasta el punto de ser picantes. La barbilla tenía fuerza; la boca era sensible y no demasiado pequeña; la nariz bien formada con fosas nasales delgadas tenía una cualidad asertiva que contradecía la impresión de humildad en los ojos cuando estaban abatidos; Los grandes ojos grises eran extraordinariamente suaves y claros, con una apariencia de ternura y brillo alternados al estar velados o descubiertos por las largas pestañas. Eran ojos amables y autoritarios, y sin duda su punto más efectivo. Su abundante cabello, castaño con un toque de rojo en algunas luces, caía sobre su ancha frente a la moda de la época. Tenía una manera de llevar la cabeza, de echarla hacia atrás a veces, que no era precisamente imperiosa, y transmitía la impresión de espíritu más que de mera vivacidad. Todos estos detalles me parecen inadecuados y engañosos, pues el atractivo del rostro que lo hacía interesante es todavía indefinido. Dudo en decir que había un hoyuelo cerca de la comisura de su boca que se revelaba cuando sonreía, no fuera a ser que esto pareciera una mera belleza, pero puede haber sido la nota clave de su rostro. Solo sabía que había algo en ella que conquistaba el corazón, como nunca lo hace una belleza demasiado consciente o asertiva. Es posible que fuera

sencilla, y que yo hubiera visto la hermosura de su naturaleza, que conocía bien, en rasgos que daban menos señales de ella a los extraños. Sin embargo, me di cuenta de que el señor Lyon le echó una rápida segunda mirada, y sus modales se transformaron al instante en la deferencia, o al menos en la atención, que no había mostrado a ninguna otra dama en la habitación. Y me vino a la mente la caprichosa idea de que todos estamos tan deformados por las posibilidades internacionales para observar si ella no caminaba como una condesa (es decir, como debe caminar una condesa) mientras se acercaba a estrechar la mano de mi esposa. ¡Es tan fácil convertir la vida en una comedia! La bisabuela de Margaret, no, era su tatarabuela, pero últimamente hemos mantenido el período revolucionario tan cálido que parece cercano fue una bella de Newport, que se casó con un oficial en el séquito de Rochambeau en la época en que los defensores franceses de la libertad conquistaron a las mujeres de Rhode Island. Terminada la guerra, nuestro oficial renunció a su amor a la gloria por el corazón de una de las mujeres más hermosas y por el cuidado de la mejor plantación de la Isla. He visto una miniatura de ella, que su amante llevó en Yorktown, y que siempre juró que Washington codiciaba una miniatura pintada por un artista errante de la época, lo que justifica enteramente al oficial francés su abandono del oficio de soldado. Así es el hombre en su mejor estado. Un rostro encantador puede hacer que haga campaña, luche y mate como un demonio, puede convertirlo en un cobarde, puede llenarlo de ambición para conquistar el mundo y puede domesticarlo hasta convertirlo en la domesticidad de un gato de salón. Existe esta noble capacidad en el hombre para responder a la cosa más divina visible para él

en este mundo. Etienne Debree se convirtió, creo, en un muy buen ciudadano de la república, y en 1993 solía sacudir de vez en cuando la cabeza con satisfacción al descubrir que todavía la llevaba sobre sus hombros. No estoy seguro de que alguna vez visitara Mount Vernon, pero después de la muerte de Washington, la intimidad de Debree con nuestro primer presidente se convirtió en una parte cada vez más importante de su vida y conversación. Existe una agradable tradición de que Lafayette, cuando estuvo aquí en 1784, abrazó a la joven novia a la manera francesa, y que este saludo fue valorado como una especie de reliquia en la familia. Siempre he creído que Margaret heredó de su tatarabuela la conciencia de Nueva Inglaterra, y un cierto espíritu o alegría, es decir, una sub alegría que nunca fue frivolidad de su antepasado francés. Su padre y su madre habían muerto cuando ella tenía diez años, y había sido criada por una tía soltera, con la que aún vivía. La fortuna combinada de ambos requería economía, y después de que Margaret hubo aprobado su curso escolar, aumentó sus recursos enseñando en una escuela pública. Recuerdo que ella enseñaba historia, siguiendo, supongo, la noción estadounidense de que cualquiera que tenga un libro de texto puede enseñar historia, al igual que puede enseñar literatura con la misma ayuda. Pero sucedió que Margaret era mejor maestra que muchos, porque no había aprendido historia en la escuela, sino en la bien seleccionada biblioteca de su padre. Hubo un pequeño revuelo a la entrada de Margaret; El señor Lyon fue presentado a ella, y mi esposa, con ese sutil sentido del efecto que tienen las mujeres, cambió ligeramente las luces. Tal vez la tez de Margaret o su vestido negro hicieran necesario este reajuste para la armonía de la habitación. Tal vez sintió la

presencia de un temperamento diferente en el pequeño círculo. Nunca podré decir exactamente qué es lo que la guía en lo que respecta a la influencia de la luz y el color en el trato de las personas, en su conversación, haciéndola tomar un tono u otro. Los hombres son susceptibles a estas influencias, pero son sólo las mujeres las que entienden cómo producirlas. Y una mujer que no tiene este sutil sentimiento siempre carece de encanto, por muy intelectual que sea; Siempre pienso en ella como si estuviera sentada bajo el resplandor de la luz del sol desencantada, tan indiferente a la exposición como lo sería un hombre. Sé de una manera general que la luz del atardecer induce a un tipo de conversación y la luz del mediodía a otra, y he aprendido que la conversación siempre se ilumina con la adición de un palo crepitante fresco al fuego. No debería haber sabido cómo cambiar las luces de Margaret, aunque creo que tuve una impresión tan clara de su personalidad como la que tuve mi esposa. No había nada inquietante en ello; de hecho, nunca la vi más que serena, incluso cuando su voz delataba una fuerte emoción. La cualidad que más me impresionó, sin embargo, fue su sinceridad, junto con el coraje intelectual y la claridad que tenía casi el efecto de la brillantez, aunque nunca pensé en ella como una mujer brillante. —¿Qué travesura ha estado intentando, señor Morgan? —preguntó Margaret, mientras se sentaba cerca de él. —¿Intentaba usted hacer que el señor Lyon se sintiera cómodo arrastrando la ropa? ¿Bunker Hill? —No; ese era el señor Fairchild, en su calidad de anfitrión".

—Oh, estoy seguro de que no tiene por qué importarle —dijo el señor Lyon con buen humor—. "Aterricé en Boston y lo primero que fui a ver fue el Monumento. Me pareció muy extraño, ya

sabes, que los estadounidenses comenzaran la vida celebrando su primera derrota". —Así es —respondió Margaret rápidamente—. "Hemos empezado sobre una nueva base aquí; Ganamos perdiendo. El que pierda su vida, la encontrará. Si el asesino rojo cree que mata, se equivoca. Ya sabes que los sureños dicen que al final se rindieron simplemente porque se cansaron de vencer al Norte. —¡Qué raro! —La señorita Debree quiere decir simplemente —exclamé— que hemos heredado de los ingleses la incapacidad de saber cuándo nos azotan. Pero no estábamos librando la batalla de Bunker Hill, ni peleando por ello, que es más serio, señorita Debree. Lo que quería preguntarle era si cree que la domesticación de la religión afectará su poder en la regulación de la conducta. "¿Domesticación? Es usted demasiado profundo para mí, señor Morgan. No te entiendo más de lo que comprendo a los escritores que escriben sobre la feminización de la literatura". "Bueno, quitando el misterio de esto, el elemento predominante del culto, haciendo de las iglesias una especie de asociaciones caritativas de buena voluntad para la difusión de la sociabilidad y los buenos sentimientos". —¿Te refieres a hacer que el cristianismo sea práctico? —En parte. Es parte del problema general de lo que las mujeres van a hacer del mundo, ahora que se han apoderado de él, o se están apoderando de él, y están descontentas con ser mujeres, o con ser tratadas como mujeres, y están llevando sus emociones a todas las vocaciones de la vida". "No pueden empeorarlo más de lo que ha sido". "No estoy seguro de eso. La solidez es necesaria tanto en las iglesias como en el gobierno. No sé hasta qué punto la causa de la religión es promovida por estos clubes eclesiásticos de Christian Endeavor, si ese es el nombre, asociaciones de muchachos y

muchachas jóvenes que van por ahí visitando otros clubes similares de una manera suficientemente graciosa. Supongo que es el espíritu de la época. Me pregunto si el mundo está empezando a pensar más en pasar un buen rato que en la salvación". Y tú piensas que la influencia de la mujer para ti no puede significar otra cosa que de alguna manera le esté quitando el vigor a los asuntos, haciendo que incluso la iglesia sea un asunto suave y ronroneante, reduciéndonos a todos a lo que supongo que llamarías una papilla de domesticidad. "O la feminidad". "Bueno, el mundo ha sido lo suficientemente brutal; Será mejor que pruebe un poco de feminidad ahora". "Espero que no sea más cruel con las mujeres". "Eso no es un argumento; Eso es una puñalada. Me imagino que eres completamente escéptico acerca de la mujer. ¿Crees en su educación?" "Hasta cierto punto, o más bien, debería decir, después de cierto punto". —Eso es todo —dijo mi esposa, protegiéndose los ojos del fuego con un abanico—. "Empiezo a tener mis dudas sobre la educación como una panacea. Me he dado cuenta de que las muchachas con solo un puñado y la mayoría de ellas por la naturaleza de las cosas pueden ir, no son más propensas a las tentaciones". "Esto se debe a que la 'educación' se confunde con dar información sin formación, como estamos descubriendo en Inglaterra", dijo el Sr. Lyon. —O que es peligroso despertar la imaginación sin un pesado lastre de principios —dijo el señor Morgan—. —Es un hermoso sentimiento —exclamó Margaret, echando la cabeza hacia atrás, con un destello en los ojos—. "Eso debería excluir a las mujeres por completo. Sólo que no puedo ver cómo enseñar a las mujeres lo que los hombres saben les va a dar menos principios de los que tienen los hombres. Hace

mucho tiempo que me parece que ha llegado el momento de tratar a las mujeres como seres humanos y de darles la responsabilidad de su cargo". —¿Y qué quieres, Margaret? — pregunté. —No sé exactamente lo que quiero —contestó ella, hundiéndose en la silla, la sinceridad venía a modificar su entusiasmo—. "No quiero ir al Congreso, ni ser sheriff, ni abogado, ni maquinista de locomotoras. Quiero la libertad de mi propio ser, interesarme por todo lo que hay en el mundo, sentir su vida como lo hacen los hombres. No sabes lo que es que una persona inferior sea condescendiente contigo simplemente porque es un hombre". —¿Y sin embargo desea que le traten como a una mujer? —preguntó el señor Morgan. "Por supuesto. ¿Crees que quiero desterrar el romance del mundo? —Tienes razón, querida —dijo mi esposa—. "Lo único que hace que la sociedad sea mejor que un hormiguero industrial es el amor entre mujeres y hombres, ciego y destructivo como suele ser". — Bueno —dijo la señora Morgan, levantándose para irse—, habiendo vuelto a los primeros principios... —Cree usted que es mejor llevar a su marido a casa antes de que él los niegue siquiera —añadió el señor Morgan—. Cuando los demás se hubieron marchado, Margaret se sentó junto al fuego, pensativa, como si no hubiera nadie más en la habitación. El inglés, todavía alerta y ávido de información, la miraba con creciente interés. Me vino a la mente extraño que, siendo un pueblo tan poco interesante como nosotros, los ingleses sintieran tanta curiosidad por nosotros. Después de un intervalo, el señor Lyon dijo: —Le ruego que me perdone, señorita Debree, pero ¿le importaría decirme si el movimiento de los derechos de la mujer está ganando terreno en Estados Unidos? —Estoy segura de que no lo sé, señor

Lyon —respondió Margaret, después de una pausa, con una expresión de cansancio—. "Estoy cansado de todo lo que se habla de eso. Desearía que los hombres y las mujeres, cada uno de ellos, trataran de sacar lo mejor de sí mismos, y ver qué resultaría de eso". "Pero en algunos lugares, votan sobre las escuelas, y ustedes tienen convenciones..." —¿Asistió usted alguna vez a algún tipo de convención, señor Lyon? "¿Yo? No. ¿Por qué? —Oh, nada. Yo tampoco. Pero tienes derecho a hacerlo, ¿sabes? Me gustaría hacerle una pregunta, señor Lyon - continuó la muchacha, levantándose-. "Debería estar muy agradecido". —¿Por qué tan pocas mujeres inglesas se casan con estadounidenses? —Nunca pensé en eso —tartamudeó, enrojándose—. "Tal vez sea por las mujeres estadounidenses". —Gracias —dijo Margaret con un poco de cortesía—. "Es muy amable de tu parte decir eso. Ahora empiezo a entender por qué tantas mujeres americanas se casan con ingleses. El

El inglés se sonrojó aún más, y Margaret le dio las buenas noches. Al día siguiente era evidente que Margaret había causado una impresión en nuestro visitante, y que él estaba luchando con una nueva idea. —¿Ha dicho usted, señora Fairchild —preguntó a mi esposa—, que la señorita Debree es profesora? Parece muy extraño". —No; Le dije que enseñaba en una de nuestras escuelas. No creo que sea exactamente una maestra". —¿No tiene siempre la intención de enseñar? "Supongo que no tiene intenciones definidas, pero nunca pienso en ella como una maestra". "Es tan brillante e interesante, ¿no crees? ¿Tan americano? —Sí; La señorita Debree es una de las excepciones. —Oh, no quería decir que todas las mujeres americanas fueran

tan inteligentes como la señorita Debree. —Gracias —dijo mi esposa—. Y el señor Lyon parecía no entender por qué ella debía darle las gracias. La cabaña en la que Margaret vivía con su tía, la señorita Forsythe, no estaba lejos de nuestra casa. En verano era muy bonita, con su porche sombreado por enredaderas en todo el frente; E incluso en invierno, con la inevitable irregularidad de las vides de hoja caduca, tenía un aire de refinamiento, una promesa que el alegre interior cumplía con creces. Las palabras de despedida de Margaret a mi esposa la noche anterior habían sido que pensaba que a su tía le gustaría ver al «conde de la crisálida», y como el señor Lyon había expresado su deseo de ver algo más de lo que él llamaba la «nobleza» de Nueva Inglaterra, mi esposa terminó su paseo de la tarde en casa de la señorita Forsythe. Era uno de esos días de invierno que son raros en Nueva Inglaterra, pero de los que se habían sucedido a lo largo de las vacaciones de Navidad. Todavía no había llegado la nieve, toda la tierra estaba marrón y congelada, se mirara por donde se mirara, las ramas entrelazadas y las ramitas de los árboles formaban un delicado encaje, el cielo era azul grisáceo y el sol bajo tenía el calor suficiente para evocar la humedad del suelo helado e impregnar la atmósfera en una suavidad, en la que todo el paisaje se volvía poético. El fenómeno conocido como "atardeceres rojos" se repetía débilmente en el resplandor carmesí verdoso a lo largo de las colinas violetas, en las que Venus ardía como una joya. Había un fuego ardiendo en la chimenea de la habitación en la que entraron, que parecía ser una sala de estar, una biblioteca, un salón, todo en uno; la vieja mesa de roble, demasiado grande para el adorno, estaba sembrada de periódicos tardíos y folletos ingleses, americanos y

franceses, y de libros que yacían desordenados por haber sido arrojados a una lectura reciente. En el centro había un ramo de rosas rojas en una jarra granadina azul pálido. La señorita Forsythe se levantó de un asiento en la ventana occidental, con un libro en la mano, para saludar a los que la visitaban. Era esbelta, como Margaret, pero más alta, con suaves ojos marrones y cabello veteado de canas, que, al apartarse claramente de su frente de una manera entonces anticuada, contrastaba finamente con el rubor rosado de sus mejillas. Este rubor no sugería juventud, sino más bien madurez, el tono que viene con las líneas hechas en el rostro por la suave aceptación de lo inevitable en la vida. En sus modales tranquilos y serenos había una pequeña nota de graciosa timidez, tal vez no perceptible en sí misma, pero en contraste con ese inconfundible aire de confianza que siempre tiene una mujer casada, y que en lo poco refinado se vuelve asertivo, una noción exagerada de su importancia, del valor añadido a sus opiniones por el acto del matrimonio. Se puede ver en su aire en el momento en que se aleja del altar, siguiendo el ritmo de la melodía de Mendelssohn. Jack Sharpley dice que ella siempre parece estar diciendo: "Bueno, lo he hecho de una vez por todas". Esta suposición de la casada debe ser una de las cosas más difíciles de soportar para las mujeres solteras en sus hermanas autocomplacientes. No me cabe duda de que Georgiana Forsythe era una chica encantadora, enérgica y guapa; Porque la belleza de sus años, casi patética en su dignidad y renuncia a sí misma, no podía seguir a una mera belleza o a una experiencia vulgar. Nunca le pregunté qué había sido, pero no la había amargado. No era comunicativa ni confidencial, me imagino, con nadie, pero siempre era amable y

comprensiva con los problemas de los demás, y ayudaba de una manera poco demostrativa. Si ella misma tenía la secreta sensación de que su vida era un fracaso, nunca impresionó a sus amigos tanto, fue tan uniforme y lleno de buenos oficios y disfrute tranquilo. El Cielo sólo conoce, sin embargo, el patetismo de esta vida aparentemente imperturbable. Porque, ¿ha vivido alguna vez una mujer que no haya dado todos los años de insípida serenidad, durante un año, durante un mes, durante una hora, del delirio incalculable del amor derramado sobre un hombre que se lo devuelve? Tal vez sea mejor para el mundo que existan estas mujeres para las que la vida todavía tiene algunos misterios, que son capaces de ilusiones y del dulce sentimentalismo que surge de un romance no realizado. Aunque los libros recientes estaban en la mesa de la señorita Forsythe, sus gustos y cultura eran de la época pasada. Admiraba a Emerson y a Tennyson. Uno puede mantenerse al día con las noticias del mundo sin cambiar sus principios. Me imagino que la señorita Forsythe leyó sin daño las novelas apasionadas y panteístas de las jóvenes que se han presentado en estos días de emancipación para enseñar a sus abuelas una nueva base de moralidad, y para dejar sin sentido todos los epitafios consoladores de las lápidas musgosas de Nueva Inglaterra. Leyó a Emerson por su espíritu dulce, por su creencia en el amor y la amistad, y su sencilla fe congregacionista permaneció imperturbable ante su filosofía, de la que sólo tomó el hábito de la tolerancia. —La señorita Debree ha ido a la iglesia —dijo, en respuesta a la mirada del señor Lyon alrededor de la habitación—. —¿A las vísperas? "Creo que lo llaman así. Nuestras reuniones nocturnas, ya sabes, solo comienzan a la luz de las velas". —¿Y tú

no perteneces a la Iglesia? —Oh, sí, a la antigua iglesia aristocrática de la época colonial —respondió ella, con una pequeña sonrisa de diversión—. Mi sobrina se ha bajado de Plymouth Rock. —¿Y su religión se fundó en Plymouth Rock? —Lo dice mi sobrina cuando la repito a que abandone la fe de sus padres —replicó la señorita Forsythe, riéndose del funcionamiento de la mente episcopal—. "Me gustaría entender sobre eso; Me refiero a la posición de los disidentes en Estados Unidos". —Me temo que no he podido ayudarle, señor Lyon. Me imagino que un inglés tendría que nacer de nuevo, como solía ser la frase, para comprender eso. Aunque el Sr. Lyon todavía no estaba satisfecho en este punto, encontró que la conversación se desvió hacia el otro lado. Tal vez era una experiencia nueva para él que las mujeres debían liderar y no seguir en la conversación. En cualquier caso, fue una experiencia que le tranquilizó. La señorita Forsythe era una gran admiradora de Gladstone y del general Gordon, y expresaba su admiración con un conocimiento que demostraba que había leído los periódicos ingleses. —Sin embargo, confieso que no comprendo la conducta de Gladstone con respecto a Egipto y el socorro de Gordon —dijo—. —Quizá —intervino mi esposa— habría sido mejor para Gordon que hubiera confiado más en la Providencia y menos en Gladstone. Supongo que fue la humanidad de Gladstone lo que le hizo dudar. —¿Para bombardear Alejandría? —preguntó el señor Lyon con una expresión de aspereza. "Es un error que cabía esperar de un tory, pero no del señor Gladstone, que parece buscar siempre los más amplios principios de justicia en su habilidad política". —Sí, consideramos al señor Gladstone como un gran hombre, señorita Forsythe. Es lo suficientemente amplio. Ustedes saben que lo

consideramos un fenómeno retórico. Desafortunadamente, siempre 'amortigua' todo lo que toca". —Lo sospechaba — señorita

Forsythe replicó, al cabo de un momento: —Ese espíritu de fiesta es tan importante en Inglaterra como lo es entre nosotros, y es tan personal. El señor Lyon negó cualquier sentimiento personal, y la charla derivó hacia una comparación de la política inglesa y la americana, principalmente en lo que se refiere al factor social de la política inglesa, que es tan poco importante aquí. En medio de la charla entró Margaret. El paso rápido en el crepúsculo rosado había intensificado su color y le había dado una expresión brillante que su rostro no había tenido la noche anterior, y una ternura y suavidad, una falta de mundanidad, traídas de la hora tranquila en la iglesia. "Mi señora llega por fin, tímida y dando pasos rápidos, y apresurándose aquí, con sus modestos ojos bajos". Saludó al desconocido con una falta de expresión puritana, y como si no fuera exactamente consciente de su presencia. —Me hubiera gustado ir a las vísperas si lo hubiera sabido —dijo el señor Lyon, después de una pausa embarazosa—. —¿Sí? —preguntó la muchacha, todavía abstraída. —El mundo parece estar en un estado de ánimo vespertés —añadió, mirando por las ventanas del oeste al cielo rojo y a la estrella de la tarde—. A decir verdad, la misma Naturaleza sugería en aquel momento que hablar era una impertinencia. Las personas que llamaron se levantaron para irse, con un intercambio de amabilidad y cordialidades del vecindario. —No tenía ni idea —dijo el señor Lyon mientras caminaban de regreso a casa— de cómo era el Nuevo Mundo. III La invitación del señor Lyon era por una

semana. Antes de que terminara la semana, me llamaron a Nueva York para consultar al Sr.

Henderson a propósito de una inversión ferroviaria en el Oeste, que estaba resultando más permanente que rentable. Rodney Henderson, cuyo nombre se hizo más tarde muy familiar al público en relación con cierta investigación del Congreso, era un graduado de mi propia universidad, un chico de New Hampshire, abogado de profesión, que ejercía, como lo hacen tantos abogados estadounidenses, en Wall Street, en combinaciones políticas, en Washington, en los ferrocarriles. Ya era conocido como un hombre en ascenso. Cuando regresé, el señor Lyon todavía estaba en nuestra casa. Comprendí que mi esposa lo había persuadido para que prolongara su visita, una propuesta a la que él no se resistía a aceptar, tan interesado se había vuelto en estudiar la vida social en América. Bien podría comprender esto, porque todos estamos haciendo un "estudio" de algo en esta época, considerándose el simple placer como un motivo indigno. Me alegró ver que el joven inglés se estaba perfeccionando, ampliando su conocimiento de la vida y no desperdiciando las horas doradas de la juventud. La experiencia es lo que todos necesitamos, y aunque el amor o el hacer el amor no pueden llamarse una novedad, hay algo bastante nuevo en el estudio de ello en el espíritu moderno. El señor Lyon se había hecho muy agradable para el pequeño círculo, no menos por su espíritu inquisitivo que por sus modales desafectados, por una especie de sencillez que las mujeres reconocen como inconsciente, resultado de un hábito heredado de no pensar en la posición de uno. En exceso puede ser muy desagradable, pero cuando se combina con una bondad genuina y sin

autoafirmación, es atractivo. Y aunque a las mujeres americanas les gusta un hombre que es agresivo con el mundo y combativo, existe el deleite de la novedad en alguien que tiene tiempo libre para ser agradable, ocio para ellas, y que parece a su imaginación tener un rango de vida más amplio que aquellos que se mueven por los negocios, uno capaz de ofrecer la paz y la seguridad de algo logrado. Había habido varios pequeños entretenimientos en el vecindario, cenas en casa de los Morgan y de la señora Fletcher, y una taza de té por la noche en casa de la señorita Forsythe. De hecho, Margaret y el señor Lyon habían estado muy juntos. Él la había acompañado a las vísperas, y habían dado uno o dos paseos invernales juntos antes de que llegara la nieve. Mi mujer no lo había conseguido, me lo aseguró; pero no se había sentido autorizada a interferir; y había visitado la biblioteca pública y se había fijado en la nobleza británica. Los hombres eran muy sospechosos. Margaret era muy capaz de cuidar de sí misma. Lo admití, pero sugerí que el inglés era un extraño en una tierra extraña, que estaba lejos de casa y que tal vez tenía un sentido debilitado de esas poderosas influencias sociales que, después de todo, debían controlarlo al final. La única respuesta a esto fue: "Creo, querido, que será mejor que lo envuelvas en algodón y lo envíes de vuelta con su familia". Entre sus otras actividades, Margaret se interesó por una escuela misionera en la ciudad, a la que dedicaba ocasionalmente las tardes y los domingos por la tarde. Esta fue una nueva sorpresa para el Sr. Lyon. ¿Era esto también parte de la inquietud de la vida estadounidense? La otra noche, en la casa de la señora Howe, la muchacha parecía completamente absorta en el vestir y en la alegría de la seria formalidad de la ocasión, sintiendo la

responsabilidad de ello apenas menos que la de la «líder». Sin embargo, su mente estaba evidentemente muy ocupada con la "condición de la mujer", y enseñaba en una escuela pública. No pudo distinguirlo en absoluto. ¿Se tomaba más en serio el alemán que la escuela misionera? Parecía extraño a su edad tomarse la vida tan en serio. ¿Y se tomaba en serio todas sus diversas ocupaciones, o sólo experimentaba? Había un cierto humor burlón en la muchacha que desconcertó aún más al inglés.

—No he visto mucho de su vida —le dijo una noche al señor Morgan—; —¿Pero no son la mayoría de las mujeres americanas un poco inquietas en busca de una ocupación? "Quizás tengan esa apariencia; pero casi el mismo número lo encuentra, como antes, en el matrimonio". "Pero quiero decir, ya sabes, ¿ven tanto el matrimonio como un fin?" "No sé si alguna vez consideraron el matrimonio como algo más que un medio". — Puedo asegurarle, señor Lyon —interrumpió mi esposa—, que no obtendrá ninguna información del señor Morgan; Es un burlador". "En absoluto, te lo aseguro", respondió Morgan. "Solo soy un humilde observador. Veo que se está produciendo un cambio, pero no puedo comprenderlo. Cuando yo era joven, las chicas solían entrar en la sociedad; Bailaron a pie de diecisiete a veintiuno. Nunca escuché nada sobre ninguna ocupación; tenían su columpio y su aventura, y sus coqueteos; Parecían estar desnatando de esos años impresionables y alegres la flor y nata de la vida". —¿Y crees que eso los adaptaba a la seriedad de la vida? —preguntó su esposa. "Bueno, tengo la impresión de que de esa sociedad salieron mujeres muy buenas. De esa multitud que bailaba conseguí uno que ha sido lo suficientemente serio para mí". —Y lo bastante poco que usted ha sacado provecho de

ello —dijo la señora Morgan—. "Estoy contento. Pero probablemente soy anticuado. Ahora hay un espíritu muy diferente.

Las muchachas que salen del delantalí deben empezar a considerar seriamente alguna vocación. Todo su coqueteo desde los diecisiete hasta los veintiún años es con alguna ocupación. Todos sus días de baile deben ir a la universidad, o de alguna manera sentar las bases para una vida útil. Supongo que está bien. No hay duda de que en el futuro tendremos un estilo de mujeres mucho más elevado que el que tuvimos en el pasado". —No permites nada —dijo la señora Fletcher— por la necesidad de ganarse la vida en estos días de competición. Las mujeres nunca llegarán a la posición que les corresponde en el mundo, ni siquiera como compañeras de los hombres, que ustedes consideran como su cargo más elevado, hasta que tengan la capacidad de ser autosuficientes". "Oh, admití el hecho de la independencia de las mujeres hace mucho tiempo. Todo el mundo hace eso antes de llegar a la mediana edad. Sobre el desplazamiento de esta carga de ganarse la vida, no estoy tan seguro. Todavía no parece que la competencia sea menor; Tal vez la competencia desaparecería si cada uno se ganara la vida y nada más. Me pregunto, por cierto, si las muchachas, las jóvenes, de la clase de la que parece que estamos hablando ganan alguna vez lo que pagarían los salarios de los sirvientes que son contratados para hacer las tareas domésticas en sus lugares. — Es una sugerencia muy innoble —no pude dejar de decirla—, cuando se sabe que el objetivo de la vida moderna es el cultivo de la mente, la elevación de las mujeres, y también de los

hombres, en la vida intelectual. —Supongo que sí. Me hubiera gustado preguntarle a Abigail

La opinión de Adams sobre la forma de hacerlo". —Uno pensaría —dije—

—Que no sabías que se habían inventado la hilandera y la tejedora de medias. Teniendo en cuenta todo esto, la universidad femenina era algo natural". "Oh, soy un creyente en todo tipo de maquinaria, cualquier cosa para ahorrar trabajo. Solo que tengo fe en que ni la jenny ni la universidad cambiarán la naturaleza humana, ni eliminarán el romance de la vida". —Yo también —dijo mi esposa—. "He oído decir dos cosas: que las mujeres que reciben una educación científica o profesional pierden la fe, se vuelven generalmente agnósticas, han perdido la sensibilidad a los misterios de la vida". —¿Y usted piensa, por lo tanto, que no deberían tener una educación científica? —No, a menos que toda intrusión científica sea un error. Las mujeres pueden ser más propensas al principio a estar molestas que los hombres, pero recuperarán su equilibrio cuando la novedad haya desaparecido. Ninguna cantidad de ciencia cambiará por completo su naturaleza emocional; y además, con toda nuestra ciencia, no veo que lo sobrenatural tenga menos influencia en esta generación que en la primera". —Sí, y se podría decir que el mundo nunca antes había sido tan crédulo como lo es ahora. Pero, ¿qué era lo otro? "Es probable que la coeducación disminuya los matrimonios entre los coeducados. La familiaridad cotidiana en el aula en la edad más impresionable, la revelación de todas las debilidades intelectuales y petulancias, la absorción de la rutina mental en un igual, tienden a destruir el sentido de romance y misterio que son las atracciones más poderosas entre

los sexos. Es una especie de familiaridad desencantadora que se contagia de la flor". —¿Tiene alguna estadística sobre el tema? "No. Me imagino que es sólo una noción de algún viejo brumoso que piensa que la educación en cualquiera de sus formas es peligrosa para las mujeres. —Sí, y me imagino que la coeducación tendrá tanto efecto en la vida en general como la solemne reunión de una sociedad de mujeres inteligentes y elegantes recientemente en una de nuestras grandes ciudades, que se reunieron para discutir la conveniencia de limitar la población. "¡Gran Scott!" Exclamé: "Esta es una época interesante". Me sentí menos ansioso por los caprichos de la situación cuando vi la forma tan anticuada en que se estaba desarrollando el drama internacional en nuestro vecindario. El Sr. Lyon estaba cada vez más interesado en la obra misionera de Margaret. Tampoco había mucha afectación en esto. La filantropía, la ansiedad por las clases trabajadoras, no es en ninguna parte más seria o está más de moda que en Londres. El Sr. Lyon, dondequiera que había estado, había hecho un estudio especial de las diversas sociedades de ayuda y socorro, especialmente de la obra en favor de los jóvenes desamparados y descarriados. Un domingo por la tarde regresaban de la Misión de Bloom Street. La nieve cubría el suelo, el cielo estaba plomizo y el aire tenía un frío penetrante mucho más desagradable que el frío extremo. "Nosotros también", decía el señor Lyon, continuando una conversación, "estamos haciendo un gran esfuerzo por la gente común". —Pero aquí no tenemos gente común —replicó Margaret rápidamente—. "Ese chico brillante que viste en mi clase, que era un terror hace seis meses, sin duda estará en el Concejo Municipal dentro de unos años, y probablemente será alcalde".

—Oh, conozco tu teoría. Prácticamente viene a ser lo mismo, como sea que lo llames. No pude ver que el trabajo en Nueva York difiere mucho del de Londres. Nosotros, los que tenemos ocio, debemos hacer algo por las clases trabajadoras". "A veces dudo si no es todo un error, la mayor parte de nuestro trabajo caritativo. La cuestión es hacer que la gente haga algo por sí misma". —¿Pero no se pueden eliminar las distinciones? — Supongo que no, mientras tanta gente nazca viciosa, incompetente o perezosa. Pero, señor Lyon, ¿cuánto bien cree que hace la caridad condescendiente? -preguntó Margaret, enardecida de una manera que la muchacha lo había hecho a veces. "Me refiero al tipo que hace que las distinciones sean más evidentes. El hecho mismo de que tengas tiempo libre para entrometerte en sus asuntos puede ser una molestia para las personas a las que tratas de ayudar con los pequeños paliativos de la caridad. ¿Qué efecto cree usted que produce en un miserable barrio de la ciudad la llegada en él de un elegante carruaje y una dama vestida de seda, o incluso la llegada de una mujer próspera y bien vestida en un coche de caballos, por muy gentil y modesta que sea en esta distribución de simpatía y generosidad? ¿No se intensifica la sensación de desigualdad? Y la parte degradante de esto puede ser que muchos están dispuestos a aceptar este tipo de recompensa. Y vuestros hombres de ocio, vuestros hombres de club, sentados en las ventanas y viendo pasar el mundo como un espectáculo, un hombre que nunca ha hecho una hora de trabajo necesario en sus vidas, ¿qué efecto supones que tiene verlos en los hombres sin trabajo, tal vez por su propia culpa, debido a la misma disposición a estar ociosos que tienen los hombres de las

ventanas de los clubes? —¿Y crees que sería mejor que todos fueran pobres por igual? "Creo que sería mejor que no hubiera gente ociosa. Me da un poco de vergüenza tener tiempo libre para ir cada vez que voy a esa misión. Y casi lamento, señor Lyon, haberle llevado allí. Los chicos sabían que eras inglés. Uno de ellos me preguntó si eras un 'señor' o un 'juke' o algo así. No puedo decir cómo lo tomarán. Es posible que les moleste el espionaje en su mundo de un 'juke inglés', y puede que lo tomen a la luz de un espectáculo", se rió Lyon.

Y luego, tal vez después de una pequeña reflexión sobre la posibilidad de que la nobleza se estuviera convirtiendo en un espectáculo en este mundo, dijo: —Empiezo a pensar que soy muy desafortunado, señorita Debree. Parece que me recuerdas que estoy en una posición en la que puedo hacer muy poco para ayudar al mundo. "En absoluto. Se puede hacer mucho". —¿Pero cómo, cuando todo lo que intento se considera una condescendencia? ¿Qué puedo hacer?" —Perdóneme —y Margaret volvió los ojos francamente hacia él—. "Puedes ser un buen conde cuando llegue tu momento". Su camino discurría por el pequeño parque de la ciudad. Es un lugar bonito en verano, una superficie variada, bien plantada de bosque y árboles ornamentales, atravesada por un arroyo sinuoso. El pequeño río estaba ahora lleno, y se había formado hielo en él, con pequeñas aberturas aquí y allá, donde el agua oscura, que se precipitaba

como si temiera ser detenida, tenía un aspecto más escalofriante que la cubierta helada. El suelo estaba blanco por la nieve, y todos los árboles estaban desnudos, excepto algunas hojas de roble congeladas aquí y allá, que temblaban con el viento y de alguna manera aumentaban la desolación. Nubes plomizas cubrían el cielo, y sólo en el oeste había un resplandor del día de invierno que se alejaba. En la orilla elevada del arroyo, frente al camino por el que se acercaban, vieron a un grupo de personas unas veinte apretujadas, ya fuera por la simpatía de la segregación de un mundo insensible, o por la protección del viento agudo. En la orilla de acá, y apoyados en los rieles del camino, se había reunido una abigarrada multitud de espectadores, hombres, mujeres y niños, que mostraban cierta impaciencia y mucha curiosidad, decorosa en su mayor parte, pero enfatizada por ocasionales comentarios jocosos en voz baja. Era evidente que se estaba llevando a cabo una ceremonia seria. El grupo separado no tenía un aire próspero. Las mujeres estaban escasamente vestidas para un día así. En la pequeña asamblea se destacaba un hombre alto y anciano con un abrigo largo y raído y un amplio sombrero de fieltro, por debajo del cual sus cabellos blancos le caían sobre los hombros. Él podría ser un profeta en Israel que salió a dar testimonio a un mundo incrédulo, y el

pequeño grupo a su alrededor, sacudido como cañas al viento, tenía la apariencia de mártires de una causa. La luz de otro mundo brillaba en sus rostros delgados y pacientes. Venid, parecían decir a los mundanos de la orilla opuesta, venid y ved qué felicidad es servir al Señor. Mientras esperaban, se oyó una débil melodía, un himno tembloroso, cuyas notas débiles el viento se llevó primero, pero que se hizo más fuerte. Antes de que terminara la primera estrofa, apareció un carruaje en la parte trasera del grupo. De ella descendieron un hombre de mediana edad y una mujer robusta, y juntos ayudaron a una joven a apearse. Estaba vestida toda de blanco. Por un momento, su delgada y delicada figura se encogió por el viento cortante. Tímida, nerviosa, miró un instante a la multitud y al oscuro arroyo helado; pero no era más que una protesta del pobre cuerpo; El rostro tenía la expresión embelesada y exultante de un sacrificio gozoso. El hombre alto avanzó a su encuentro y la condujo al centro del grupo. Durante unos instantes hubo una oración, inaudible a la distancia. Entonces el hombre alto, tomando a la muchacha de la mano, avanzó cuesta abajo hasta el arroyo. Su sombrero estaba a un lado, sus venerables cabellos ondeaban con la brisa, sus ojos se volvían al cielo; La muchacha caminaba como en una visión, sin temblar, con los ojos bien abiertos fijos

en cosas invisibles. A medida que avanzaban, el grupo de detrás entonó un himno alegre en una especie de canto lúgubre, al que el hombre alto se unió con una voz estridente. De manera irregular, las palabras llegaron en el viento, en un lamento casi desgarrador: "Más allá de la sonrisa y el llanto estaré pronto; Más allá de la vigilia y del sueño, más allá de la siembra y de la siega, pronto estaré". Ahora estaban cerca del agua, y la voz del hombre alto resonó alta y clara: "¡Señor, no te detengas, sino ven!" Estaban entrando en el arroyo donde había una abertura libre de hielo; el pie no era muy seguro, y el hombre alto dejó de cantar, pero el pequeño grupo siguió cantando: "Más allá de la floración y el marchitamiento estaré pronto". La muchacha palideció y se estremeció. El hombre alto la sostenía con una actitud de infinita simpatía, y parecía decirle palabras de aliento. Estaban en medio de la corriente; La fría inundación les llegaba a la cintura. El grupo siguió cantando: "Más allá del brillo y la sombra, más allá de la esperanza y el temor, estaré pronto". Los fuertes y tiernos brazos del hombre alto bajaron suavemente la forma blanca bajo el agua cruel; se tambaleó un momento en la rápida corriente, se recuperó, la levantó, blanca como la muerte, y llegaron las voces de la melodía quejumbrosa: «¡Amor, descanso y hogar Dulce esperanza! ¡Señor, no te detengas, sino

ven!" Y el hombre alto, mientras se esforzaba por llegar a la orilla con su carga casi insensible, se oía por encima de las otras voces, del viento y del murmullo de las aguas: «¡Señor, no te detengas, sino ven!" La niña se apresuró a subir al carruaje y el grupo se dispersó rápidamente. "Bueno, yo seré" La tierna mujercita del hombre rudo de la multitud que comenzó esa frase no le permitió terminarla. " Ese será un caso para un médico de inmediato", comentó un conocido practicante que había estado observando. Margaret y el señor Lyon regresaron a casa en silencio. "No puedo hablar de eso", dijo. "Es un mundo tan lamentable". IV Por la noche, en nuestra casa, Margarita describió la escena en el parque. —Es espantoso —fue el comentario de la señorita Forsythe—. "Las autoridades no deberían permitir tal cosa". — Me pareció tan heroico como lamentable, tía. Me temo que sería incapaz de dar tal testimonio. "Pero era tan innecesario". "¿Cómo sabemos lo que es necesario para una pobre alma? Lo que más me impresionó fue que todavía existe en el mundo este anhelo de sufrir físicamente y soportar el desprecio público por una creencia". —Puede haber sido una decepción para el pequeño grupo —dijo el señor Morgan— que no hubiera ninguna demostración de los espectadores, que no hubiera fuertes abucheos, que los muchachos no lanzaran bolas de nieve. -No

podían esperar eso -dije yo-; "El mundo se ha vuelto tan tolerante que no le importa". —Más bien creo —replicó Margaret— que los espectadores, por un momento, cayeron bajo el hechizo de la hora y quedaron asombrados por algo sobrenatural en la resistencia de esa frágil muchacha. —Sin duda —dijo mi esposa, después de una breve pausa—. "Creo que hay tanto sentido de misterio en el mundo como siempre, y tanto de lo que llamamos fe, solo que se muestra excéntricamente. Romper con las tradiciones y no ir a la iglesia no ha destruido la necesidad en las mentes de la masa de personas de algo fuera de ellos mismos". —¿Te lo he dicho —intervino Morgan— que está casi en la línea de tu pensamiento de una chica que conocí el otro día en el tren? Resultó que yo era su compañera de asiento en el coche, delgada y delgada, una muchacha vulgar, que al principio supuse que no tendría más de veinte años, pero por las arrugas de sus grandes ojos probablemente estaba más cerca de los cuarenta. Tenía en su regazo un libro, que robaba de vez en cuando, y parecía estar memorizando versos mientras miraba por la ventana. Al fin, me aventuré a preguntarle qué literatura era la que le interesaba tanto, cuando ella se volvió y entró francamente en conversación. Era un pequeño cancionero de Adviento. Le gustaba leerlo en el tren y tararear las melodías. Sí, era un buen

negocio en los coches; Todas las mañanas temprano cabalgaba treinta millas para ir a su trabajo, y treinta millas de regreso todas las tardes. Su trabajo era el de oficinista y copista en una oficina de carga, y ganaba nueve dólares a la semana, con los que se mantenía a sí misma y a su madre. Era un trabajo duro, pero a ella no le importaba mucho. Su madre estaba bastante débil. Era adventista. — ¿Y tú? —pregunté. —Oh, sí; Soy yo. He sido adventista durante veinte años, y he sido perfectamente feliz desde que me uní perfectamente", añadió, volviendo su rostro sencillo, ahora radiante, hacia mí. —¿Es usted uno de ellos? —preguntó ella. "No soy un adventista inmediato", me vi obligado a confesar. "Pensé que podrías ser, ahora hay tantos, cada vez más". Aprendí que en nuestra pequeña ciudad había dos sociedades adventistas; Había habido una división a causa de alguna diferencia en el significado del pecado original. —¿Y no te desanima el fracaso repetido de las predicciones del fin del mundo? —pregunté. — No. ¿Por qué deberíamos estarlo? No fijamos un día determinado ahora, pero todas las señales muestran que está muy cerca. Todos somos libres de pensar como queramos. La mayoría de nuestros miembros ahora piensan que será el próximo año". —¡Espero que no! —exclamé—. — ¿Por qué? -preguntó, volviéndose hacia mí con una

expresión de sorpresa. —¿Tienes miedo? Lo evadí diciendo que suponía que los buenos no tenían nada que temer. 'Entonces debes ser adventista, tienes tanta simpatía'. "No me gustaría que el mundo llegara a su fin el año que viene, porque hay muchos problemas interesantes, y quiero ver cómo se resolverán". — ¿Cómo vas a querer posponerlo —y por primera vez había una pequeña nota de fanatismo en su voz— cuando hay tanta pobreza y trabajo duro? Es un mundo tan duro, y con tanto sufrimiento y pecado. Y todo podría terminar en un momento. ¿Cómo puedes querer que continúe?'. El tren se acercó a la estación y ella se levantó para despedirse. —Algún día verás la verdad —dijo, y se marchó tan alegre como si el mundo hubiera sido destruido de verdad. Era la mujer más feliz que he visto en mucho tiempo". "Sí", dije, "es una época de fe y credulidad". —Y nada lo marca más —añadió Morgan— que la expectativa popular entre los científicos y los ignorantes de que algo salga de la relación vagamente comprendida entre el cuerpo y la mente. Es como la expectativa de las posibilidades de la electricidad". "Iba a decir", continué, "que dondequiera que camino en la ciudad de un domingo por la tarde, me sorprende la cantidad de pequeñas reuniones que se llevan a cabo, de fieles e infieles, adventistas, socialistas, espiritistas, cultores, hijos e hijas de

Edom; de todas las ventanas abiertas de los altos edificios salen notas de oración, de exhortación, el lamento melancólico de las inspiradoras melodías de Sankey, melodías de abstinencia total, melodías al otro lado del río, cantos de súplica y cantos de alabanza. ¡Están sucediendo tantas cosas fuera de las iglesias regulares!" "Pero las iglesias están muy concurridas", sugirió mi esposa. "Sí, justamente, por lo menos una vez al día, y si hay predicación sensacionalista, dos veces. Pero no hay nada que llene tanto el salón más grande de la ciudad como el anuncio de la predicación inspiradora de una joven que habla al azar sobre un texto que se le da cuando pisa el estrado. Hay algo en su rapsodia, incluso cuando es incoherente, que apela a un espíritu predominante". —¿Cuánto de esto es curiosidad? —preguntó Morgan. ¿No está el salón igual de abarrotado cuando el astuto abogado del Nadaísmo, Ham Saversoul, bromea sobre los misterios de esta vida y la próxima? —Muy probablemente. A la gente le gusta lo emocional y lo divertido. De todos modos, son crédulos y albergan dudas y creencias en la más mínima evidencia". —¿No es natural —dijo el señor Lyon, que hasta entonces había permanecido en silencio— que usted caiga en esta condición sin una iglesia establecida? —Tal vez sea natural —replicó Morgan— que la gente insatisfecha con una religión

establecida se vaya a la deriva hasta aquí. Gran Bretaña, como ustedes saben, es un famoso campo de reclutamiento para nuestros experimentos socialistas". —Ah, bueno —dijo mi mujer—, los hombres tendrán algo. Si lo establecido repele hasta el punto de desestablecerse, y todas las iglesias deben ser disueltas, la sociedad de alguna manera se precipitaría de nuevo espiritualmente. Escuché el otro día que Boston, cada vez un poco cansado de la

Vedas, comenzaba a retomar el Nuevo Testamento". —Sí —dijo Morgan—, ya que Tolstoi lo mencionó. Al cabo de un rato, la charla derivó hacia la investigación psíquica, y se perdió en historias de "apariencias" y comunicaciones "a larga distancia". Me parecía que la gente inteligente aceptaba este tipo de historias como verdaderas sobre la base de pruebas en las que no arriesgarían cinco dólares si se tratara de una cuestión de dinero. Incluso los científicos se tragan las historias de huesos prehistóricos con testimonios que rechazarían si se tratara del título de propiedad de un inmueble. El señor Lyon todavía permanecía en el regazo de un invierno de Nueva Inglaterra como si hubiera sido Capua. Estaba ansioso por visitar Washington y estudiar la política del país, y ver el tipo de sociedad producida en la libertad de una república, donde no

había un tribunal que diera el tono y no había líneas de clase que determinaran la posición. Estaba inquieto bajo este sentido del deber. El futuro legislador del Imperio Británico debe entender la Constitución de su gran rival, y así poder apreciar las corrientes sociales que tanto tienen que ver con la acción política. De hecho, tenía otra razón para inquietarse. Su madre le había escrito, preguntándole por qué se había quedado tanto tiempo en una ciudad sin importancia, él que hasta entonces había sido un viajero tan activo. El conocimiento de las capitales era lo que necesitaba. Podía encontrar gente agradable en su casa, si su único objetivo era pasar el tiempo. ¿Qué podía responder? ¿Podría decir que se había interesado mucho por estudiar a un maestro de escuela, un maestro de escuela encantador? Podía ver la visión que se suscitaba en las mentes de su madre, del conde y de su hermana mayor cuando leyeran esta preciosa confesión, una visión de una señora de la escuela, de una muchacha americana, y de una muchacha americana sin dinero, moviéndose en la pequeña órbita de Chisholm House. La cosa era absurda. Y, sin embargo, ¿por qué era absurdo? ¿Qué era la política inglesa, qué era Chisholm House, qué comparaba todo el mundo en Inglaterra con esta noble muchacha? No, ¿qué sería del mundo sin ella? Al pensar en ello, se enfureció al pensar en

ello, indignado por sus relaciones y por todo el marco artificial de las cosas. La situación era casi humillante. Empezó a dudar de la estabilidad de su propia posición. Hasta entonces no había encontrado ningún obstáculo: todo lo que había deseado lo había obtenido. Era un tipo sensato y sabía que el mundo no estaba hecho para él; pero ciertamente se había rendido ante él en todo. ¿Por qué dudaba ahora? El hecho de que dudara le mostraba la intensidad de su interés por Margaret. Porque el amor es humilde y subestima el yo en contraste con lo que desea. A estas alturas, la fortuna, todo lo que los acompaña, parecía pobre. ¿Qué eran todo esto para el alma de una mujer? Pero había bastantes mujeres, bastantes mujeres en Inglaterra, mujeres más bellas que Margaret, sin duda tan amables e intelectuales. Sin embargo, ahora no había para él más que una mujer en el mundo. Y Margarita no dio ninguna señal. ¿Estaba a punto de hacer el ridículo? Si ella lo rechazara, él parecería un tonto para sí mismo. Si ella lo aceptaba, parecería un tonto para todo el círculo que hacía su mundo en casa. La situación era intolerable. Lo terminaría yéndose. Pero no fue. Si iba hoy, no podría verla mañana. Para un amante todo puede ser soportado si sabe que la verá mañana. En resumen, no podía ir mientras hubiera alguna duda sobre la disposición de ella hacia él. Y en la

última parte del siglo XIX el hombre sigue reducido a esto, a pesar de toda nuestra ciencia, de todo nuestro análisis de la pasión, de toda nuestra sabia cháchara sobre el fracaso del matrimonio, de todo nuestro sentido común acerca de la relación de los sexos. El amor sigue siendo una cuestión personal, sobre la que no se debe razonar ni desechar de ninguna manera, excepto a la antigua usanza. Las doncellas sueñan con ello; los diplomáticos ceden a ella; los hombres impasibles se sienten molestos por ello; los ancianos se vuelven jóvenes, los jóvenes sepultura, bajo su influencia; el estudiante pierde el apetito ¡Dios lo bendiga! Me gusta oír a los jóvenes del club hablar con valentía, indiferentes a todo el asunto, escépticos, de hecho, al respecto. Y luego verlos, uno tras otro, abatidos, y luciendo un poco avergonzados y sin decir mucho, y poco a poco radiantes. Uno pensaría que eran los dueños del mundo. El cielo, creo, no nos muestra un sarcasmo más fino que el de uno de estos jóvenes escépticos como un manso hombre de familia. Margaret y el señor Lyon pasaban mucho tiempo juntos. Y su conversación, como siempre sucede cuando dos personas se encuentran mucho juntas, se volvió cada vez más personal. Sólo en los libros los diálogos son abstractos e impersonales. El inglés le habló de su familia, del plató en el que se movía, y tuvo la franqueza inglesa de exponerlo

sin reservas de la vida que llevaba en Oxford, de sus viajes, etc., de lo que pensaba hacer en el mundo. Margaret, a cambio, tenía poco que contar, su propia vida había sido tan sencilla, no mucho, excepto las reservas de doncella, los descontentos consigo misma, que le interesaban más que cualquier otra cosa; Y del futuro no hablaría en absoluto. ¿Cómo puede una mujer, sin ser incomprendida? Toda esta charla tenía cierto peligro, porque la simpatía es inevitable entre dos personas que se miran muy poco en el corazón del otro y comparan gustos y deseos. "No acabo de entender su vida social aquí", decía un día el señor Lyon. "Parece que haces distinciones, pero no puedo ver exactamente para qué". "A lo mejor se hacen a sí mismos. Vuestros órdenes sociales parecen capaces de resistir a la teoría de Darwin, pero en una república, la selección natural tiene más posibilidades. "Un bohemio me dijo en el vapor que venía que el dinero en América ocupa el lugar del rango en Inglaterra". "Eso no es del todo cierto". "Y un conocido de familia muy antigua y poca fortuna me dijo en Boston que la 'sangre' se considera aquí tanto como en cualquier otra parte". —Ya ve, señor Lyon, lo difícil que es obtener información correcta sobre nosotros. Creo que adoramos mucho la riqueza, y adoramos mucho a la familia, pero si alguien presume demasiado de cualquiera de ellas, es probable

que llegue a la desgracia. Yo mismo no lo entiendo muy bien". —
Entonces, ¿no es el dinero lo que determina la posición social en Estados Unidos? "No del todo; pero ahora más que antes. Supongo que la distinción es la siguiente: la familia llevará a una persona a todas partes; el dinero lo llevará a casi todas partes; Pero el dinero siempre está en esta desventaja: se necesita más y más para ganar posición. Y entonces descubrirás que se trata en gran medida de una cuestión de localidad. Por ejemplo, en Virginia y Kentucky la familia sigue siendo muy poderosa, más fuerte que cualquier distinción en las letras o en la política o el éxito en los negocios; y hay un cierto número decreciente de personas en Nueva York, Filadelfia, Boston, que cultivan una buena dosis de exclusividad a causa de la descendencia". "Pero me han dicho que este tipo de aristocracia está sucumbiendo a la nueva plutocracia". "Bueno, cada vez es más difícil mantener una posición sin dinero. El señor Morgan dice que es una cosa descorazonadora ser un aristócrata sin lujos; declara que no puede decir si los Knickerbockers de Nueva York o los plutócratas están más inquietos en este momento. El uno está hambriento de posición social, y está taciturno si no puede comprarla; Y cuando el otro se deja seducir por el lujo y cede, descubre que su distinción ha desaparecido. Porque en su corazón el nuevo rico

sólo respeta al rico. Se contaba la historia de uno de los príncipes de Bonanza que había construido su palacio en la ciudad y enviaba invitaciones para su primer entretenimiento. Alguien le sugirió dudas sobre la respuesta. '¡Oh!', dijo, '¡los mendigos estarán muy contentos de venir!' —Supongo, señor Lyon —dijo Margaret recatadamente—, que este tipo de cosas son desconocidas en Inglaterra. "Oh, no podría decir que el dinero no se persigue allí hasta cierto punto". "Vi una foto en Punch de una subasta, con la intención de ser una sátira horrible sobre las mujeres estadounidenses. Se me ocurrió que podría tener dos interpretaciones". —Sí, Punch es tan amigable con Estados Unidos como lo es con la aristocracia inglesa. "Bueno, solo estaba pensando que es solo un intercambio de mercancías. La gente siempre dará lo que tiene por lo que quiere. El hombre del Oeste cambia su carne de cerdo en Nueva York por fotos. Supongo que ¿cómo lo llamas? La balanza comercial está en nuestra contra, y tenemos que enviar dinero en efectivo y belleza". — No sabía que la señorita Debree era una economista política. "Eso lo sacamos de los libros en la escuela. Otra cosa que aprendimos es que Inglaterra quiere materia prima; Pensé que sería mejor que lo dijera, porque no sería cortés para ti. "Oh, soy capaz de decir cualquier cosa, si me provocan. Pero nos hemos alejado del

punto. Por lo que puedo ver, todo tipo de personas se casan entre sí, y no veo cómo se puede discriminar socialmente dónde están los límites. -En el momento en que lo hizo, el señor Lyon se dio cuenta de que esta era una sugerencia que probablemente no le ayudaría. Y la respuesta de Margaret demostró que había perdido terreno. "Oh, no tratamos de discriminar excepto en lo que respecta a los extranjeros. Hay una noción popular de que es mejor que los estadounidenses se casen en casa". —Entonces, la mejor manera de que un extranjero rompa tu exclusividad es naturalizarse. El señor Lyon trató de adoptar su tono y añadió: — ¿Le gustaría verme ciudadano estadounidense? "No creo que puedas serlo, excepto por un corto tiempo; eres demasiado británico". "Pero las dos naciones son prácticamente lo mismo; es decir, los individuos de las naciones son. ¿No lo crees? —Sí, si uno de ellos renuncia a todos los hábitos y prejuicios de toda una vida y de toda una condición social al otro. —¿Y cuál tendría que ceder? —Oh, el hombre, por supuesto. Siempre ha sido así. Mi tatarabuelo era francés, pero siempre he oído que se convirtió en el republicano americano más dócil. —¿Crees que habría sido él quien habría cedido si se hubieran ido a Francia? "Tal vez no. Y entonces el matrimonio habría sido infeliz. ¿Nunca te diste cuenta de que la felicidad de una mujer, y por consiguiente la

felicidad del matrimonio, depende de que la mujer se salga con la suya en todos los asuntos sociales? Antes de nuestra guerra, todos los hombres que se casaban en el Sur tenían el punto de vista del Sur, y todas las mujeres del Sur que se casaban en el Norte se mantenían firmes y controlaban sensatamente las simpatías de sus maridos. —¿Y cómo les fue con las mujeres del norte que se casaron con las del sur, como tú dices? —Bueno, hay que confesar que muchos de ellos se adaptaron, al menos en apariencia. Las mujeres pueden hacer eso, y nunca dejar que nadie vea que no son felices y que no lo hacen por elección". — ¿Y no cree usted que las mujeres americanas se adaptan felizmente a la vida inglesa? "Sin duda algunos; Dudo que muchos lo hagan; Pero las mujeres no confiesan errores de ese tipo. La felicidad de la mujer depende en gran medida de la continuación del entorno y de las simpatías en las que se cría. Siempre hay excepciones. ¿Sabe usted, señor Lyon, que me parece que algunas personas no pertenecen al país donde nacieron? Tenemos hombres que deberían haber nacido en Inglaterra, y que sólo se encuentran a sí mismos realmente, van allí. Los hay que son ambiciosos, y buscan una carrera diferente a la que una república puede darles. Aquí no están satisfechos. Si allí son felices, no lo sé; Por lo tanto, pocos árboles, cuando

crecen, soportarán el trasplante". —¿Entonces crees que los matrimonios internacionales son un error? "Oh, no teorizo sobre temas que ignoro". "Me das un consuelo muy frío". —No sabía —dijo Margaret, con una risa demasiado genuina para ser consoladora— que viajabas por comodidad; Pensé que era para información". —Y estoy consiguiendo un gran negocio —dijo el señor Lyon con cierta pesar—. "Estoy tratando de averiguar dónde. Debería haber nacido". —No estoy segura —dijo Margaret, medio en serio—, pero usted habría sido un muy buen americano. Al fin y al cabo, no era una gran confesión, pero era lo máximo que Margaret había ganado en su vida, y el señor Lyon trató de sacarle algo de aliento. Pero sentía, como cualquier hombre lo sentiría, que ese andarse por las ramas, esa charla sobre la nacionalidad y todo eso, era una tontería; que si una mujer amara a un hombre no le importaría dónde naciera; que todo el mundo sería como nada para él; que todas las condiciones y obstáculos que la sociedad y la familia pudieran plantear se desvanecerían en el resplandor de una verdadera pasión. Y se preguntó por un momento si las muchachas americanas no estarían «calculando» una palabra a la que había aprendido aquí a atribuir un significado nuevo y cómico. La tarde siguiente a esta conversación, la señorita Forsythe estaba

sentada leyendo en su asiento favorito junto a la ventana, cuando anunciaron al señor Lyon. Margaret estaba en su escuela. No había nada inusual en esta llamada de la tarde; Las visitas del Sr. Lyon se habían vuelto frecuentes e informales; pero la señorita Forsythe tenía un presentimiento nervioso de que algo importante iba a suceder, que se reflejaba en su saludo, y que tal vez se debía a cierta nueva timidez en sus modales. Tal vez la doncella conserva más que ninguna otra esta sensibilidad, innata en las mujeres, a la proximidad del momento crítico en los asuntos del corazón. Puede que haya pasado el día en que ella sea sensible consigo misma, los filósofos dicen lo contrario, pero el asunto de otra persona la pone fácilmente en aprietos. Tal vez esto se deba a que lo negativo (como decimos en estos días) que toma impresiones conserva toda su delicadeza por el hecho de que ninguna de ellas se ha desarrollado jamás, y tal vez sea una sabia disposición de la naturaleza que el envejecimiento en un corazón insatisfecho despierte una viva curiosidad aprensiva y simpatía por la manifestación de la tierna pasión en los demás. Ciertamente es una nota de la bondad y caridad de la mente de la doncella que sus simpatías sean tan propensas a ser más fuertemente excitadas en el éxito del cortejador. Este interés puede ser bastante separable del deseo femenino común de

hacer una pareja siempre que haya la menor posibilidad de ello. La señorita Forsythe no era casamentera, pero la propia Margaret no se habría sentido más avergonzada de lo que estaba al principio de esta entrevista. Cuando el señor Lyon se sentó, ella hizo del libro que tenía en la mano la excusa para comenzar una charla sobre la confianza que los novelistas jóvenes parecen tener en su capacidad para trastornar la religión cristiana mediante una representación ficticia de la vida, pero su visitante estaba demasiado preocupado para unirse a ella. Se levantó, apoyó el brazo en la repisa de la chimenea y, mirando al fuego, dijo por fin bruscamente: —He venido a verla, señorita Forsythe, para consultarle sobre su sobrina. —¿Sobre su carrera? —preguntó la señorita Forsythe, con una conciencia nerviosa de falsedad. "Sí, sobre su carrera; Es decir, en cierto modo — volviéndose hacia ella con una pequeña sonrisa—. —¿Sí? "Debes haber visto mi interés por ella. Debes haber sabido por qué me quedé una y otra vez. Pero era, es, todo tan incierto. Quería pedirte permiso para decirle lo que pienso. —¿Está usted segura de que sabe lo que piensa? —preguntó la señorita Forsythe, a la defensiva. "Claro, claro; Nunca he tenido el sentimiento que tengo por ninguna otra mujer por ella". "Margaret es una chica noble; Es muy independiente -sugirió la señorita Forsythe,

evitando todavía el punto-. "Lo sé. No se lo pregunto, según su sentimiento. -El señor Lyon estaba de pie, en silencio, mirando las brasas-. "Ella es la única mujer en el mundo para mí. La quiero. ¿Estás en contra de mí?", preguntó, levantando la vista de repente, con un rubor en la cara. —¡Oh, no! ¡No! -exclamó la señorita Forsythe, con otro acceso de timidez-. "No debería asumir la responsabilidad de estar en tu contra, o de otra manera. Es muy varonil de tu parte venir a mí, y estoy seguro de que todos no deseamos nada más que tu propia felicidad. Y hasta ahora, en lo que a mí respecta... —¿Entonces tengo su permiso? —preguntó ansiosamente. ¿Con mi permiso, señor Lyon? Es tan nuevo para mí, que apenas me di cuenta de que tenía permiso —dijo ella, con un pequeño intento de broma—. Pero como su tía y tutora, por así decirlo, me sentiría muy satisfecha al saber que el destino de Margaret estaba en manos de alguien a quien todos estimamos y conocemos como a usted. —Gracias, gracias —dijo el señor Lyon, acercándose y tomándola de la mano—. Pero permítame decirle, permítame sugerirlo, que hay muchas cosas en las que pensar. Hay una gran diferencia en la educación, en todos los hábitos de sus vidas, en todas sus relaciones. Margaret nunca sería feliz en una posición en la que se le concediera menos de lo que había tenido toda su vida. Ni su orgullo le permitiría

ocupar tal posición". "Pero como mi esposa" "Sí, sé que eso es suficiente en tu mente. ¿Ha consultado a su madre, señor Lyon? —Todavía no. —¿Y has escrito a alguien de tu casa sobre mi sobrina? —Todavía no. —¿Y te parece un poco difícil hacerlo? Esta fue una investigación que fue aún más profunda de lo que el interrogador sabía. El señor Lyon vaciló, viendo de nuevo, como en una visión, el asombro de su familia. Era consciente de un intento de autoengaño cuando respondió: "No es difícil, no es nada difícil, pero pensé que esperaría hasta que tuviera algo definitivo que decir". "Margaret es, por supuesto, perfectamente libre de actuar por sí misma. Tiene una naturaleza muy ardiente, pero al mismo tiempo mucho de lo que llamamos sentido común. Aunque su corazón estuviera muy comprometido, dudaría en entrar en cualquier sociedad que se considerara superior a ella. Ya ves que hablo con gran franqueza. Era una nueva posición para el Sr. Lyon, ya que consideraba que su posible rango parecía un obstáculo para cualquier cosa que deseara. Por un momento, la extravagancia interrumpió la corriente de sus sentimientos. Pensó en los probables comentarios de los hombres de su club londinense sobre el deriva que estaba tomando su conversación con una solterona de Nueva Inglaterra sobre su aptitud para casarse con una maestra de escuela. Con una sonrisa que fue

convocada para ocultar su molestia, dijo: "No veo cómo puedo defenderme, señorita Forsythe". —Oh —replicó ella, con una sonrisa de respuesta que reconocía su visión del humor de la situación—, no estaba pensando en usted, señor Lyon, sino en la familia y en la sociedad en la que podría entrar mi sobrina, para la cual el rango es de primera importancia. —Soy simplemente John Lyon, señorita Forsythe. Puede que nunca sea otra cosa. Pero si fuera de otro modo, no supuse que los americanos se opusieran al rango". Fue un discurso desafortunado; así se sintió en el instante en que se pronunció. El orgullo de la señorita Forsythe se conmovió, y la observación no se suavizó con el aire de broma con que concluyó la frase. Dijo, con un poco de quietud y formalidad: —Me temo, señor Lyon, que su sarcasmo es demasiado merecido. Pero hay estadounidenses que hacen una distinción entre rango y sangre. Tal vez sea muy antidemocrático, pero no hay ningún otro lugar más orgulloso de familia, de ascendencia honorable, que aquí. Pensamos mucho en lo que llamamos buena sangre. Y me perdonará que le diga que estamos acostumbrados a hablar de algunas personas y familias en el extranjero, que tienen el rango más alto, como de mala sangre completa. Si no me equivoco, también reconoces el hecho histórico de la sangre innoble en los propietarios de títulos

nobiliarios. Lo único que quiero decir, señor Lyon -añadió con cierta dulzura-, que todos los americanos no creen que ese rango cubra una multitud de pecados. "Sí, creo que entiendo tu punto de vista estadounidense. Pero volviendo a mí mismo, si me lo permitís; si tengo la suerte de ganarme el amor de la señorita Debree, no tengo miedo de que ella no se gane el corazón de toda mi familia. ¿Cree usted que mi posible posición sería una objeción para ella? "No es tu posición, no; si su corazón estuviera comprometido. Pero la expatriación, que implica la renuncia a todos los hábitos, tradiciones, asociaciones de toda una vida y de la familia, es un asunto serio.